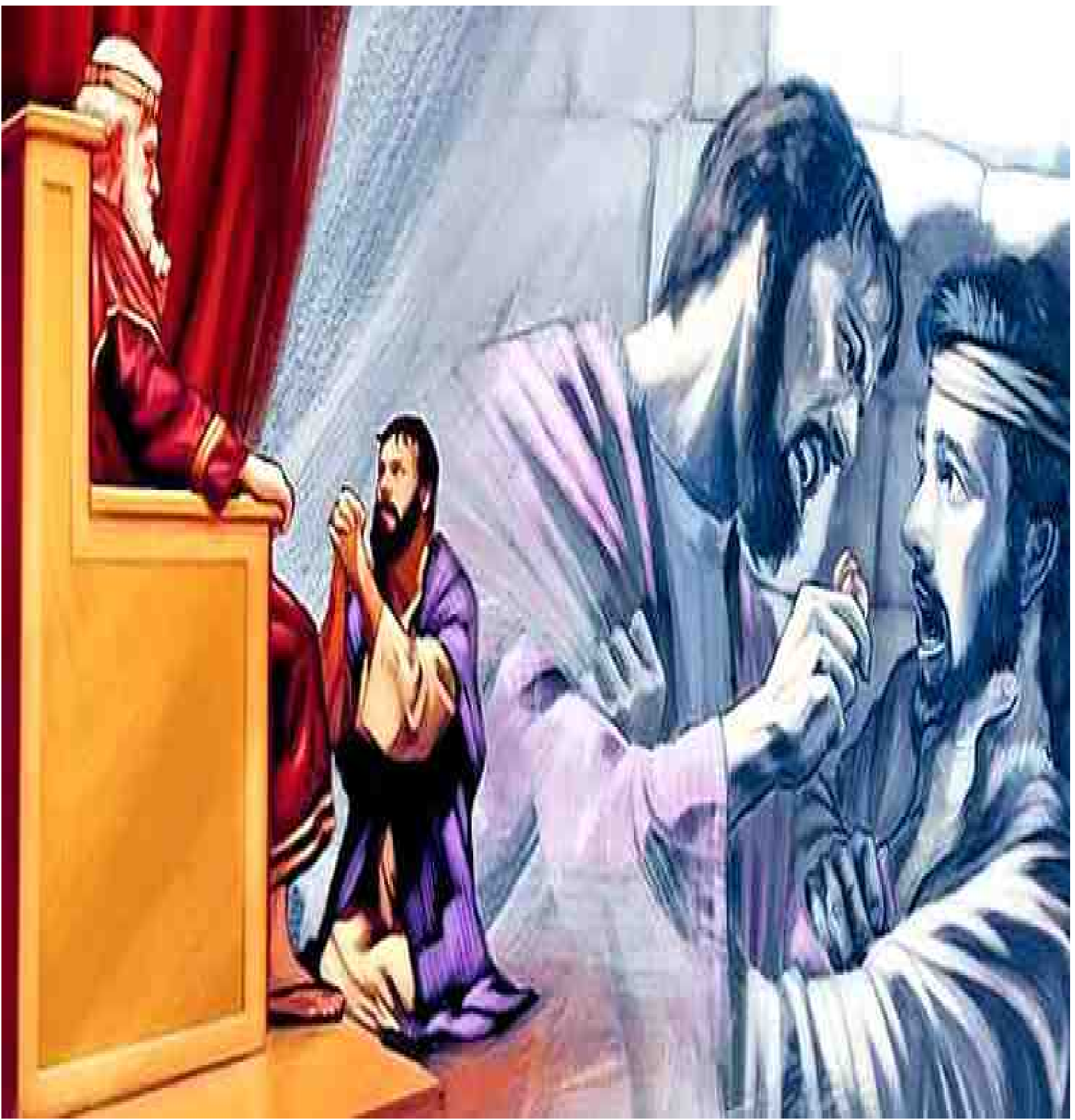




***LA MISERICORDIA
DE DIOS
NOS LA JUGAMOS
EN EL PERDÓN
QUE DAMOS
O NO DAMOS.***



Mateo 18,21-35

**“¡Siervo malvado!
¿No debías tú
también tener
compasión de tu
compañero, como yo
tuve compasión de
ti?”**



Aunque nos parezca imposible salir de la espiral de violencia en la que nos metemos cuando nos hemos sentido ofendidos y reaccionamos ofendiendo nosotros también como respuesta, en realidad, hay salida: el perdón. Perdonar no es cosa de gente débil, al revés: perdona el que puede, no el que quiere. Perdonar no es una carga, es una liberación pues mientras no perdonas a la persona que te ha hecho daño, no terminas de tener paz en tu corazón.



Y mientras no tienes paz, es evidente que tampoco puedes darla a los de tu alrededor; por aquello de que “nadie da lo que no tiene”. Este es el drama de nuestro tiempo. Bajo apariencia de paz, en realidad los hombres internamente almacenamos violencias y frustraciones. Basta una chispa de nada para hacer volar por los aires un polvorín que fuimos creando poco a poco, como quien acumula explosivos durante años.



Es por eso que, a la mínima de cambio, sucede que alguien padece por culpa de nuestro propio malestar interior; es ahí donde surgen el ataque, el abuso o la humillación. La paz, por tanto, aunque se manifiesta exteriormente, en realidad brota desde lo hondo del ser humano. Del corazón del hombre lleno de paz sale y se comunica la paz a los demás. Sin perdón no hay futuro para nadie.



A Dios, que nos ama a todos sin límite ni medida y es el referente de nuestro amor, pidámosle que nos dé la mansedumbre y la humildad necesarias para que nuestro perdón sea completo y podamos pasar página sin llevar cuenta de los agravios del pasado. Así es posible el futuro. Y nosotros seremos sus artífices si, habiendo perdonado Dios nuestras ofensas, también nosotros perdonamos a los que nos ofenden.

**Ábrete al perdón
que te ofrecen...**



**y a dar el tuyo
a quien de ti lo necesite.**